



Confederazione Mondiale Mornese Exallieve ed Exallievi delle Figlie di Maria Ausiliatrice

Via Gregorio VII, 133/B 00165 Roma

Tel. 06/39.37.51.31 C.F. 97070250580 www.exalliefma.org

“LA MÁS HUMILDE Y ELEVADA CREATURA” En camino con María maestra de ecología integral

8. María Reina de la paz

Linda Pocher, fma

La palabra "paz" aparece en 324 versículos de la Escritura. Anhelada, invocada, prometida, deseada, la paz de la que habla la Escritura, *shalom* en hebreo, es mucho más que la ausencia de conflictos: **es plenitud de vida y comunión con Dios, con el prójimo y con toda la creación.** Por eso los creyentes -en las cartas apostólicas- se saludan deseándose la paz, que según los Evangelios es también el primer don del Resucitado, que el primer día después del sábado se aparece vivo a sus asustados amigos y les anima a salir y compartir ese mismo don con el mundo (*Lc 24,36*). Ser pacificadores, según Jesús, es un rasgo distintivo de los renacidos del bautismo, los que demuestran con sus obras su identidad de hijos e hijas de Dios (*Mt 5,9*).

Si la paz es la plenitud de la vida, la guerra, el conflicto, es el peso de la muerte. El conflicto destruye no sólo la amistad entre las personas, las familias y los pueblos, sino también la belleza y la armonía entre los seres humanos y las demás criaturas. A una ciudad bombardeada, a un pueblo bombardeado, no sólo se le arrebatan las vidas humanas que caen bajo la violencia del fuego: también la tierra, el aire, el agua quedan heridos, contaminados, los animales se alejan o mueren, en una multiplicación de destrucción y dolor. Actualmente existen más de cincuenta conflictos armados en el mundo. A ellos hay que añadir las situaciones de precariedad y tensión política y social que se viven en tantos contextos del mundo donde se impide a los seres humanos y a otros seres vivos el desarrollo pleno y pacífico de sus posibilidades.

El compromiso con la ecología integral no puede dejar de tener en cuenta el drama de la continua expansión de los conflictos, del mercado legal e ilegal de armas, de las condiciones de abuso, opresión, miseria y explotación en que se encuentran actualmente los seres humanos en tantas partes de nuestro mundo. La paz, como plenitud de vida y armonía, es la máxima aspiración a la que puede y debe aspirar el proceso de conversión ecológica. Y la paz como gestión madura de los conflictos, en el rechazo de la violencia y la búsqueda de la mediación, la conciliación, la reparación, es condición fundamental para que florezcan relaciones justas entre los seres humanos y con la naturaleza en nuestras ciudades, así como en nuestras provincias y zonas rurales. Que la paz se haga prevalecer sobre el conflicto, por otra parte, es uno de los cuatro criterios de discernimiento en vista de la acción que el Papa Francisco dio a todos los hombres y mujeres de buena voluntad, en la encíclica *Evangelii Gaudium*.

En este camino difícil pero necesario, María Reina de la Paz puede ayudarnos con su poderosa intercesión, pero no sólo: con el ejemplo de su vida puede ser para nosotros modelo y guía en nuestras opciones cotidianas. Se empieza a construir la paz, de hecho, en las relaciones cotidianas. Empezamos a construir la paz educando a los niños y a los jóvenes para que vivan en paz con sus compañeros, vecinos y familiares.

La invocación a María como Reina de la Paz fue añadida a las letanías de Loreto por Benedicto XV

en 1917, en plena Primera Guerra Mundial. María, Reina de la Paz, es invocada ante todo por su relación con su Hijo, el Príncipe de la Paz. Theotecnus de Livia, en el siglo VII, afirmaba que la Escritura "también llamó paz a la Madre de Dios, cuando dijo: '*La justicia y la paz se besarán. La verdad brotará de la tierra*' (Sal 84,11). La paz es María. La justicia es Cristo, y la fidelidad es Cristo". Los autores cristianos, especialmente en la Edad Media, reconocieron en el Amado del Cantar de los Cantares ciertas características de María. La Amada, por ejemplo, es llamada Sulamita (*Cantar* 7.1), es decir, la que trae la paz con su presencia y su amor. Del mismo modo, María, amada del Padre, dócil al Espíritu y muy cercana a su Hijo Jesús, fue verdaderamente pacificadora en su vida cotidiana en Nazaret y Jerusalén, durante el tiempo de su peregrinación terrena, y sigue intercediendo hoy por nosotros el don de la paz del cielo.

Muy a menudo imaginamos la vida cotidiana de María, José y Jesús como un pequeño paraíso en la tierra, donde todos viven en armonía y sin conflictos. Es muy probable que, en realidad, la vida cotidiana en Nazaret fuera bastante compleja desde el punto de vista relacional y exigiera de María un esfuerzo continuo por tejer y retejer relaciones, superando malentendidos, prejuicios y rigideces. Según las costumbres de la época, la joven esposa iba a vivir con la familia de su marido, donde compartía la vida cotidiana con sus cuñados, cuñadas y numerosos sobrinos. Podemos imaginar el bullicio, las peleas, las pequeñas envidias y los celos que no podían faltar en la vida cotidiana de una familia extensa. Los evangelios, además, entre líneas, nos hablan de la lucha de los habitantes de Nazaret por aceptar la persona y el mensaje de Jesús. Era un pueblo pequeño, de unos 300 habitantes, donde todos se conocían al dedillo. Esta situación no debió de ser nada fácil para María. Su aprendizaje como pacificadora comenzó sin duda aquí.

El libro de los Hechos de los Apóstoles también nos ofrece una visión de la primera comunidad, en la que María está presente y su presencia es especialmente significativa. Lo sabemos porque es la única mujer del grupo que es llamada por su nombre, como los doce apóstoles (*Hch* 1,14). El autor indica la "*concordia*" como rasgo característico de esta primera comunidad y estamos tan acostumbrados a oírlo, que no nos damos cuenta de cómo esta concordia debió ser fruto de un paciente trabajo de mediación y reconciliación.

Antes de Pascua, en efecto, Jesús había profetizado la dispersión de los discípulos (*Mt* 26,31) y, de hecho, tras su arresto, unos huyen, otros reniegan. Algunos, sin embargo, junto con las mujeres y María, encuentran el valor de permanecer, hasta el final. La primera comunidad, por tanto, estaba de hecho dividida en dos. Y la presencia de María podría haber constituido para los que habían traicionado una especie de reprimenda continua. Si no fue así, se lo debemos también a la capacidad de María de perdonar a los traidores de su Hijo y de acogerlos, a todos, como hijos suyos. En un mundo herido, como el nuestro, la paz sólo puede florecer donde se siembra con abundancia la misericordia. María conoce el arte y el precio del perdón y de una acogida amplia, capaz de incluir a todos. No vivió ni en una familia ni en una comunidad ideal.

Tuvo que recomenzar cada día a perdonar, a dialogar, a tejer y retejer relaciones. Confiémonos a ella y pidámosle el don de ser artífices de paz en nuestros ambientes, en nuestras casas, en nuestras parroquias, en los barrios donde vivimos. La paz vivida entre nosotros será el testimonio más hermoso del amor de Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo que abraza y da vida a todas las criaturas.